

Ernesto Montenegro

Las arenas milagrosas de Pica



DESDE el Alto de Bellavista, en el Cantón sur de la Pampa del Tamarugal, divisábamos tan claramente el oasis de Pica—un manchón claro y otro verdioscuro medio de través y algo más arriba—recostado contra los faldeos amarillentos que forman las primeras estribaciones del Altiplano de Bolivia, que no pude menos de declarar que en un par de horas nos pondríamos allá.

—Así es de engañosa la Pampa, me dice mi acompañante, pampino viejo. El ojo lo pone a uno donde quiere mucho más ligero que los pies. Apuesto cualquier cosa que de aquí allá, donde usted lo ve, hay bien sus cuarenta y cinco o cincuenta kilómetros. Sin contar con que tendremos que repechar unos mil metros por unos arenales de todos los diablos.

Recordé entonces que algo parecido me había tocado experimentar días antes, en un sentido opuesto, al bajar de Chuquicamata por ese camino que los ingenieros americanos trazaron recto como la huella de una bala de cañón, en dirección a Tocopilla, y que una

vez transpuesta la serranía que separa al mineral de la Pampa del Toco, desciende parejo como el techo de una iglesia campesina.

—Mientras que por allá por el sur, en Aconcagua, por ejemplo, dice mi amigo, hay que afirmarse en la montura al pasar del plan a la cuesta, aquí uno va ganando altura sin darse cuenta, salvo el recalentamiento del motor, o cuando el pingo revienta en sangre a causa del soroché allá por los tres o cuatro mil metros.

Y debe ser así, porque de donde estamos la vista abarca sin esfuerzo unas cien leguas en redondo, desde las sierras del norte de Tarapacá hasta los conos volcánicos de la Puna de Atacama. Una cordillera mucho más antigua que los Andes se ha desgranado al roce de los siglos y rellenó con lava y aluvión la ancha cuenca marina que hoy se extiende hasta las cadenas de la costa. Es un panorama áspero y desnudo que no deja de imponerse al ánimo con cierta salvaje grandeza.

Una tarde de septiembre dejamos el tren en la estación de Pintados y abordamos uno de los camiones «para bultos y pasajeros» que sirven el tráfico entre Pica y el Ferrocarril Longitudinal. El «Longino» como se llama aquí familiarmente a ese ferrocarril, tiene en Pintados la estación de término de la línea fiscal, y por ella distribuyen los piqueños las frutas y hortalizas que les dan fama y provecho, e importan todo lo que puede necesitar un pueblo que es como una isla de vegetación en el océano del desierto.

Aparte de esto, Pintados es más bien una reliquia arqueológica que un centro viviente de la Pampa. En todo el Cantón sur, no hay más que una planta salitrera en actividad, y el resto es un cementerio de maquinarias inertes y de campamentos abandonados que añaden a la desolación del páramo no sé qué trágica sugerencia de multitudes humanas tragadas por una catástrofe reciente. Del poblacho de Pintados no quedan, pues, sino la inevitable mediaguas de calamina que recuerda el centro comercial frente a la estación, junto con esos extraños signos que trazaron en los cerros vecinos los pobladores indios de hace muchos siglos atrás. De ahí ese nombre de *P i n t a d o s* con que bautizó al lugar uno de los soldados de la Conquista.

Mi compañero de viaje sigue vaticinando una travesía dilatada y penosa; pero los conductores del «ómnibus» no muestran prisa alguna. Al fin, a eso de las cinco de la tarde aquél se pone en movimiento con el estruendo de una locomotora. Por espacio de treinta o cuarenta minutos, nos lanzamos a buena marcha siguiendo un camino muy tolerable, relleno con la costra salitrera, y regado alguna vez al parecer con petróleo crudo. Hacemos luego un alto al pie de un pimiento huérfano que se retuerce al viento, junto a una posada del camino, y allí los del auto se proveen liberalmente de agua para enfriar el motor.

Poco más lejos el camino falla por todas partes, se hunde, se deja invadir por el arenal, y llega el momento de abandonarlo, como a un animal ingobernable o un

enfermo sin remedio. Cortamos por una huella paralela y dejamos el camino público en manos de una cuadrilla tan desproporcionada a su tarea de repararlo, que así al vuelo calculamos ha de tomarles algunos años antes de volver a poner a los piqueños en fácil comunicación con el mundo.

De ahí para adelante la marcha se va poniendo más y más pesada, a medida que engruesa el médano que barren los vientos de la costa en dirección a los Andes. Cada media hora al comienzo, cada veinte minutos luego y por último de diez en diez minutos, hay que detenerse a refrescar la máquina y renovar la provisión de agua que se escapa en chorro humeante por la tapa del radiador. Las ruedas resbalan en la arena fina y fofa de la huella; pica en las narices un tufo de caucho retostado y caemos al fin en un «bache» de polvo más reseco en que el auto patina desesperadamente hundiéndose en vez de avanzar. Cuando nos bajamos para aligerar peso, descubrimos que el tubo de escape está al rojo blanco, o más bien de un tono tierno de carne de melón, y parece a punto de derretirse.

A duras penas llegamos hasta el alojamiento de las cuadrillas que están reparando el camino. Una media docena de hombres y una mujer se hallan descansando bajo el galpón. Les pedimos agua, y no sabiendo que es para refrescar el motor, nos ofrecen vino. Están celebrando el Dieciocho por anticipado, y allí mismo hacen una colecta y echan un ch u i c o al camión, a fin de que

se los traigan lleno con la anilina espirituosa que corre por la Pampa con el nombre de vino tinto.

De aquí para arriba el suelo se pone gredoso, resquebrajado y con escamas y crestas como la piel del dragón. El sol se apaga detrás de las lomas costeras, y un crepúsculo de acuarela vuelca sobre el paisaje sus tonos enternecidos. Hemos pasado unas dos horas debatiéndonos al parecer a medio camino entre el punto de partida y el de llegada, hasta que de repente Pica se nos viene encima...

Nos dejamos resbalar hasta el fondo de un zanjón y repechamos enfilando el costado opuesto, bordeamos pircas y matorrales aislados, cuando al salir arriba la noche se derrama de golpe sobre nosotros como un manchón de tinta sobre un papel secante, sorbiendo instantáneamente todos los contornos y no dejando visible más que un chispear de enormes luceros en un cielo que se acerca a ojos vistas a medida que subimos...

Entre el deslumbramiento de los reflectores vemos pasar casuchas ruinosas, quiscos de grandes palas erizadas de púas, árboles medios ressecos, y entramos a la aldea dormida. Pero no es Pica aun. Es solamente Matilla, la hermana segundona de Pica, que recoge casi al pie del faldeo las filtraciones de las vertientes que riegan las huertas piqueñas. No hay una sola luz en todo el pueblo, y los buenos matillanos deben contentarse, como los trogloditas, con la claridad difusa de las estrellas. Y cuando la aldea se despierta a la novedad de este mensajero algo averiado de la civili-

zación chilena, algunos vecinos vienen a leer su correspondencia y echarle un viztaso a un diario al resplandor de los focos delanteros del camión. De la tiniebla que nos rodea nos llega un rumor de risas y de voces a la sordina, en que las *eses* resuenan al fin de las palabras, silbantes como la cola de un áspid...

Las ruedas vuelven a morder en caminos duros y firmes y zumbando de contento se lanzan a la carrera por la empinada cuesta. Vislumbramos la silueta de un campanario, y volvemos a hundirnos en un camino arenoso. Es la calle principal de Pica. La luz enfermiza de una lámpara de kerosene alumbra nuestra bajada del camión, y nos enterramos inmediatamente hasta el tobillo en la arena. Estamos en la capital del desierto, en un oasis auténtico, en el corazón del médano milagrosamente vivificado por el agua.

Por precarias aceras revestidas con tablas de cajones, aceras que trepan en peldaños irregulares para amoldarse a la pendiente, llegamos hasta nuestro alojamiento. Y después de algunas semanas del silencio mortal de la Pampa, vuelve a corear la medianoche el clarín ufano de los gallos, el ladrido de los perros y hasta algún rebuzno de poderosas resonancias que va rebotando bajo la espléndida noche estrellada.

El sol de la mañana viene a descubrirnos un pueblo semitropical, con casitas de tabiques de caña revestidas con yeso y enjalbegadas de cal. Hay corredores que dan a la calle, azoteas y miradores; enredaderas que trepan por pilares; fragancia de huertos todavía invisi

bles y copas de árboles de verdor perenne, asomándose por encima de mojinetes casi planos, que nos hablan de un clima cálido de una punta a la otra del año. Y este agrupamiento de casuchas reseca entre los naranjales y limoneros en eterna floración, no ocupará más de algunas decenas de hectáreas de terreno fértil, y no abulta más que un pañuelo de yerbas tirado sobre el ancho lomo de la serranía.

Porque es de observar que Pica no está en una quebrada, al igual que otras manchas de vegetación que asoman aquí y allá en la Pampa salitrera. Precisamente Pica está en la comba de la meseta, como un islote de verdor amenazado en sus flancos por el oleaje coagulado del médano. Edades incontables mellaron a su paso los flancos de las montañas, y el porfiado viento del mar envolvió en lluvia fina esta arena que ahora alcanza hasta media falda de las cordilleras. Pero algunas vertientes secretas, torrentes de agua ciega que se escurren por entre los cimientos del globo, que han rozado allá dentro el secreto mismo de creación, reventaron poco más arriba de este oasis para fecundar en épocas inmemoriales las semillas traídas por los pájaros o los huracanes. Y así debió nacer Pica.

Unas mil quinientas personas habitan el pueblo. Aunque en su conjunto no cubre más que algunas cuerdas de tierra, el piqueño vive en el «centro» y tiene las pocas varas cuadradas de su quinta en las afueras. En su totalidad la población proviene de la mezcla de unos cuantos colonos españoles con la tribu indígena

que ya habitaba el oasis antes de la Conquista. Algunos nombres indios usados como apellidos por familias del pueblo están indicando ese fuerte arraigo, el que corroboran por lo demás las fisonomías de color de viejo beduino, con uno que otro rasgo europeo. Pero la sangre africana que tanto prosperó en el Perú, no parece haber llegado hasta aquí.

Su vida insular, hecha de rutina y recogimiento, ha dado a Pica rasgos propios y un patriotismo de campanario. Así, cuando uno pregunta, por la pura manía de documentarse, a éste o al otro vecino:

—Dígame, ¿se sienten ustedes peruanos, o bolivianos?

—¿Nosotros? Nosotros, señor, ¡somos p i q u e ñ o s ! dicen con entonación a la vez enfática e ingenua.

A renglón seguido nos hablarán de las maravillas del suelo de Pica, de su feracidad, de las bondades del clima, y de la cultura tradicional de una población entre la que había «caballeros» y «señoras», cuando los demás andaban todavía con taparrabos...

Y en el entusiasmo delator de unas copas, un vecino nos asegura a gritos que «todo el resto de Chile no vale lo que Pica», sin reparar en que precisamente los tragos que le afirmaban en tal convicción provenían de ese Chile remoto que él menospreciaba.

En realidad, el forastero comienza a descubrir poco a poco ese don de gentes, esa hospitalidad cortés y cautelosa, esa gentileza que madura a lo largo de una dilatada vida de hogar. Para esta existencia hecha de re

cuerdo, apozada en los remansos del tiempo, el chileno de cualquiera categoría aparecerá poco menos que como un advenedizo. ¿Qué son después de todo cincuenta años de dominio político chileno contra los siglos de tradición perulera y de lenta infiltración boliviana? Nuestra aspereza innata, nuestra habla desaliñada y nuestras maneras abruptas serán siempre chocantes para esta reproducción, descolorida como un daguerrotipo, de la sociedad limeña; de la vivacidad, la gracia y la picardía de la corte virreinal.

Por sobre todo eso, y para explicarnos mejor la indisimulable prevención antichilena de los piqueños, debemos recordar que fuimos los invasores y opresores de dos generaciones atrás, y que esas cicatrices fueron removidas más tarde con mano brutal por la periódica persecución a los trabajadores peruanos de la Pampa o por las atrocidades sistemáticas del Plebiscito de Tacna y Arica. Por último, no debemos olvidar que el Cuerpo de Carabineros tuvo en sus comienzos prerrogativas tales, que junto con el ejercicio de una autoridad sin contrapeso, se declararon en mucho de sus grados inferiores unas ínfulas temibles.

—Algunos de esos jefes de la policía de Pica, nos cuenta un antiguo residente extranjero, fueron el terror del vecindario. Nuestras personas, el domicilio de cada uno de nosotros, estaban expuestos a cualquier atropello de parte de un sargento mandón. Afortunadamente, la revolución de 1932 vino a probarles a los Carabineros que vale más contar con la buena voluntad de la

opinión pública que con el favor de un gobernante; y ahora tenemos en los jefes de policía que aquí vienen la mejor garantía de tranquilidad.

¡Tranquilidad! ¿No es esa la aspiración de todas las gentes maduras, lo mismo que de las sociedades aconchadas? Por amor al reposo se resignan los piqueños a no extender su parcela por medio de un aumento del regadío; por no violentarse se dejaron arrebatar el agua de Chintaguay sus vecinos de El Valle, y por la misma razón carecen de un buen camino hasta el ferrocarril, y de luz eléctrica, a pesar de que hace años fué instalada la red de alambres con los postes. Las calles son tembladeras de arena donde se hunden los pasos, y se anda como en las pesadillas, sin poder avanzar casi. El agua potable gotea apenas en los grifos, cuando habría bastado el esfuerzo cooperativo de los vecinos para captar alguna de las muchas venas subterráneas que van a reventar en el plan en forma de salares o de puquios.

Porque lo más sorprendente de la fertilidad de Pica es que hay aquí un milagro sin misterio. De poder hacer brotar agua en cualquier terreno de la pampa que no esté propenso a ser alcanzado por las reveniduras salobres, el desierto tendría millares de oasis como Pica y Matilla. Esos naranjos enormes de aquí, en cuyas copas se muestran al mismo tiempo los azahares, las naranjas pintonas y las maduras, con cosechas anuales de doscientas cincuenta a trescientas docenas por árbol, conservan en torno al tronco parte de la arena que no

ha sido desplazada aún por el humus creado por la misma vegetación. Este suelo cálido y poroso debe beberse el agua por toneladas; pero ya se ve que no podría acusársele de no ser agradecido.

Visitamos la Comunidad. Pica es una calle principal en cuesta, de unas ocho cuadras de largo. Dos calles paralelas contienen a uno y otro costado a la población de más modestos recursos. En el costado que mira al sur quedan los huertos más extensos, generalmente de no más de una hectárea, pero en muchos casos de no más de un cuarto de hectárea. Los mangos, los naranjos y los limoneros se aprietan avariciosamente en esos cuatro terrones, y rebosan por encima de las pircas. Esos pequeños limones de Pica, que como los de Sicilia son puramente una delgada corteza repleta de jugo ácido, están botados por centenares a lo largo de los callejones transversales que dan acceso a las quintas. La más grande de todas, en buena cuenta una chacra formada por la reunión de varias posesiones indígenas, es, como su nombre ya lo advierte, la Comunidad.

Ahora se halla entregada a un concesionario. Son tres cuadras a lo sumo de terreno arenisco, atravesado por un canal de cemento donde borbota alegremente el agua del riego. Las flores y los pájaros, aparecen de nuevo a nuestra vista, entre esas dos desolaciones de la Pampa y la Cordillera. Descansando al pie de un mango centenario, oímos cifras que hablan de la generosidad de esta minúscula Tierra Prometida. A creerle al jo-

ven que administra el predio, un peruano de Iquique, la Comunidad le deja recoger, semanalmente, unos siete mil pesos de fruta, o sea, mil pesos diarios por ocho o nueve meses del año. Y el resto lo dan las viñas de Pica, cuyos vinos añejos son famosos de Pisagua a Taltal y de los cuales, estadísticas no menos añejas, nos apuntan un promedio de «doce mil botijos por vendimia». Vemos todavía repollos enormes; una mata de ellos bastaría para alimentar a todo un convento.

El agua que da vida a los huertos de Pica, proviene de un aljibe labrado en la roca misma, allá a la cabecera del pueblo. Es la «Cocha», una concavidad de unos diez metros en cuadro y de cinco de profundidad y cuyos costados se recubren con plantas rastreras y acuáticas. En estas aguas claras y tibias, los piqueños se bañan antes de vaciarlas sobre la arcilla de sus huertos. La Cocha es un centro social, tanto por lo menos como el manantial de la prosperidad colectiva.

Esos frutos que amarillean en todo tiempo en los naranjales de Pica y Matilla, son realmente oro para sus dueños. La naranja es la bendición del desierto, y ya uno no volverá a pegar sus labios resquebrajados por la sed a una naranja, en todo ese infierno de la pampa salitrera sin hacer, mentalmente, acción de gracias por los milagrosos arenales de Pica.

Pero, aparte sus huertos y huertas, el oasis es tan reducido, que no podría esperarse mucho de él como proveedor del pan de cada día. Maizales tempraneros, cebollas, lechugas, tomates; pero no papas ni trigo.

Tampoco forraje para el ganado. El pobrerío come, pues, carne de «machorra» (llama hembra), alimento algo fuerte para el forastero. Y se viste con los tejidos bolivianos que les traen esas mismas tropillas de llamas que vienen del interior y que no vuelven ya al Altiplano.

La vida doméstica de los piqueños tiene, en lo externo, ese decoro imperturbable de la tradición española. Algunas viviendas son el epítome de ese afán de presentar el mejor cariz al mundo, con su salón en que hay muebles tapizados y hasta piano, y luego el dormitorio sin catres, con cueros de oveja por cama. Pero si uno encuentra en la calle a estos señores y señoras de semblante grave y cetrino, no faltarán nunca un saludo ceremonioso y unas palabras bien moduladas y cortesanías.

¡Curiosa psicología la de los pueblos pequeños! Y cómo ellos resumen en miniaturas caricaturescas las pasiones y los vicios de los pueblos grandes. Entre los nativos de Pica y los de Matilla existe una malquerencia enconada por su misma vecindad; y como los varones de ambos villorrios salen en edad temprana a ganarse la vida en las salitreras o en los puertos del litoral, circulan por la Pampa infinidad de chascarros en que el piqueño aparece como la personificación de la tacañería, y el matillano de la simpleza rústica, o por lo menos de la g e d e o n a d a .

Matilla es un pueblo de unos quinientos habitantes; un pueblo que se debate desganadamente, al parecer,

contra el desierto y la sequía. Sus huertos comienzan a secarse por los bordes, como si empezaran a alcanzarle los primeros efectos de la sangría de Chintaguay. Para aumentar su provisión de agua, los matillanos de antaño discurrieron un sistema de socavones, que acaso no conocieran esos ingeniosos agricultores que fueron los moros. La tradición dice que un español enamorado de la hija de un cacique del lugar, ideó los socavones de Matilla y dió agua a sus tierras a cambio de la muchacha. Pero es posible que esos túneles provengan de la época incaica o de una cultura anterior. En todo caso, estos socavones que se internan hasta quinientos metros en el corazón del cerro, van recogiendo las hebras de humedad que rezuma el subsuelo y las juntan hasta formar los regatos de que viven, precariamente, los huertos de Matilla.

Pero los habitantes de El Valle, los pobres «valles-teros», no han tenido siquiera esa suerte. Su caserío y sus pequeñas huertas estaban en el fondo y en los flancos de la quebrada que ciñe a Pica y Matilla por el costado sur. Se alimentaban ellos y sus tierras de las vertientes que bajan del interior de la quebrada, y no habían pensado, pues, en recurrir a la ayuda de los socavones, cuando una malhadada inspiración de la política oficial—hecha por lo común de ignorancia y testarudez—quiso que se proclamara una campaña «para regar la pampa salitrera».

La cosa comenzó, naturalmente, por algunas andanadas de discursos en el Congreso, y luego por esas

sentenciosas declaraciones gubernativas, en que se va tras un objetivo cualquiera atropellándolo todo, a condición de acallar por el momento los clamores que han levantado las propias promesas fiscales.

Con esa simpleza característica, se pensó que cavando pozos artesianos en cualquier lugar de la pampa, podía reproducirse por dondequiera el milagro de Pica. Y efectivamente, las comisiones enviadas por el gobierno, comenzaron a picar aquí y allá; pero no hallaron en ninguna parte agua apta para el riego, y solamente cuando a insinuación de algunos vecinos de Pica se internaron hasta Chintaguay, descubrieron el agua que venía manifestándose, desde hace siglos acaso, en las vertientes que regaban El Valle.

Aquella funesta comisión de técnicos hizo reventar, pues, una abundante vena de agua, que tuvo una larga resonancia en la prensa y las cámaras gubernativas. Por supuesto, nadie podía oír a tal distancia las protestas y lamentaciones de los infelices «vallesteros», que veían secarse sus arboledas y sus huertas a medida que el pozo y las cañerías de Chintaguay succionaban las venas de agua subterránea, a razón de seis mil litros por minuto.

—Y esa agua se la arrebatában al Valle, para ir a aumentar la provisión de una ciudad despoblada, como es Iquique, nos advierten los piqueños. Pasaron meses y años, sin que se cumplieran las promesas de indemnizar a los propietarios de Quisma. Hasta se les prohibió cavar socavones. Algunos de ellos murieron de

miseria en esa espera, mientras Iquique gastaba en regar las calles el agua que se les robó a los desgraciados vallesteros . . .

El episodio pinta a un pueblo resignado, sin arres-tos viriles. Cuando los campesinos de Minnesota, en Estados Unidos, vieron que iban a embargarles sus fincas por dilación en el pago de las contribuciones, durante la última crisis, corrieron con sus escopetas a los curiales y corchetes de la ciudad, obligando a las autoridades y tribunales a suspender los remates de sus tierras. Así también los vallesteros debieron correr con sus horquetas y azadones a los flamantes técnicos que venían a robarles el agua providencial de la quebrada de Chintaguay; debieron formar comicios en Pica, enviar delegaciones a Iquique y Santiago, y no cejar ni en la vigilancia ni en la protesta hasta hacerse oír de los sordos.

Pero, en Pica y Matilla el vecindario está dividido en dos bandos: los radicales y los conservadores, y a cada grupo le importa mucho más que se mantenga intacta su ideología (por más que en caso de apuro no supieran cómo definir el terminacho) antes que unirse en pro del interés regional y en defensa de los más débiles. Pero, seguramente, por ideología esos señores entienden, como en otras partes, llevarse la mayoría más uno de los puestos públicos y de los contratos municipales; y, entonces, ¿a quien podría importarles la suerte de unos pobres diablos que vegetaban allá en la linde

de la quebrada; gente humilde e ignorante, de seguro sin voz ni voto?

Se consumó, pues, la hazaña del pozo artesiano de Chintaguay, y aunque la Pampa siguió tan reseca y desolada como antes, la política de reclamación de tierras obtuvo uno de sus más sonados triunfos. Hay que venir hasta aquí y recorrer, como lo he hecho yo, este faldeo quemado de Quisma, con sus árboles en esqueleto, sus campos arrasados y sus casas desiertas para sentir la enormidad del contraste, lo triste del reverso de esa medalla triunfal que se prendió al pecho la estolidez administrativa.

Por más que, cuando todo está dicho, sea vano clamar contra los hechos consumados. Estamos seguros que de interrogar a los geólogos e ingenieros, me dirían altaneramente:

—Nosotros no sabemos nada de eso. Se nos mandó a ubicar y hacer manifestarse las corrientes subterráneas de esa región, ¿y no está viendo usted cómo las descubrimos? El técnico no tiene para qué pensar ni en los motivos ni en las consecuencias de una orden de la superioridad...

De esta manera se cierra uno de los capítulos más bullados de la historia de Pica. Volviendo la espalda a ese pasado reciente, nos enfrentamos con una población que se dispone a celebrar el Dieciocho. Despiértase la curiosidad por saber quién va a celebrar el Día Nacional de Chile, aquí donde casi nadie se dice chileno, fuera del maestro de escuela, los Carabineros y

dos o tres vecinos, cuyos padres llegaron «de Chile», hace muchos años. Los comerciantes son chinos; el dueño del hotel es un italiano, y no falta algún judío que posea el almacén mejor presentado del pueblo. El Cura es un sacerdote alemán, «viejo solterón», como él mismo me advierte con teutónico humorismo, a pesar de ser considerado como el patriarca local; y naturalmente todos estos forasteros avecindados tienen especiales consideraciones con el complejo patriótico de la población.

Y aquí entra en juego la firmeza de voluntad y la malicia de mi amigo el jefe de Carabineros, quien se lanza a última hora a citar a los miembros del Club peruano que forman la única banda de músicos de Pica, y que se habían excusado hasta ahora con diversos motivos de ensayar las músicas marciales chilenas. A la mañana siguiente y hasta el mediodía tenemos, pues, una repetición desesperante de la Canción de Yungay, que parece formar todo el repertorio improvisado por la banda. Y es de ver a los cholitos de la escuela con qué clara entonación recitan los poemas de los libros escolares, y cómo siembran por los aires con gestos vibrantes la semilla de la chilenidad, que acaso no ha de prender tan pronto entre las fauces reseca del arenal.

De la Plaza donde se mantienen algunos pájaros en una gran jaula verde, como por el temor de que se vayan de Pica para no volver más, pasamos a la iglesia, una gran bodega con techo y paredes de caña, donde preside en un altar el Santo Patrono de Pica, San

Andrés. Su día, y el 28 de julio, sí que son las verdaderas festividades del lugar; pues ni los recuerdos patrióticos ni las supersticiones religiosas se borran en una o dos generaciones. San Andrés es una imagen vestida con lujo oriental, y sus barbas renegridas y espesas, junto a la efigie de bulto de Santa Filomena y de otras vírgenes, le dan al santo un aire de Sultán morisco en su serrallo.

Antes de irse, quisiera uno preguntarle al Cura:

—Y dígame, señor, ¿cómo le va a San Andrés cuando bajan las procesiones hasta Matilla? ¿O tiene ese pueblo algún santo rival?

Porque en estos pueblos mestizos, los buenos curas saben conciliar muy habilidosamente la hermenéutica del culto con las tradiciones populares de juerga y orgasmo místico—San Andrés y Viracocha.

De cierto cura de Camiña o de Soga, se cuenta, por ejemplo, que habiendo sabido que unos facinerosos disfrazados de policías venían a asaltar al pueblo, reunió a sus feligreses, montó a caballo llevando un blandón por arma de combate y puso en fuga a los salteadores a los ecos de unas letanías con *Kyrie Eleison* y todo.

Pica, igual que los demás pueblos cordilleranos rociados por las vertientes de los Andes, recibe su contingente de visitantes para las fiestas. Su acogida es siempre amable, dentro del ambiente local que da al carácter del piqueño las condiciones contradictorias de apocamiento y jactancia, humildad y orgullo:

—¿Ya va sabiendo acostumbrarse aquí, señor?, dicen los vecinos, con su entonación de cuicos y su gramática de Tihuantisuyu.

Y ciertamente que uno se acostumbra pronto a este clima de invernadero, refrescado a ratos por las ráfagas cargadas de aromas que vienen de los huertos. Si el visitante es de confianza, se le invita a una riña de gallos, celebrada en casa particular, a fin de evitar las complicaciones con la letra de la ley. Los galleros viejos pasean inquietos por el redondel, y se le antoja a uno que su amor al arte les va dando cierta semejanza con un gallo de pelea jubilado. Cada uno lleva a su pupilo debajo del brazo, le alisa las plumas de oro o de turquesa con mano nerviosa, mientras se tirotea de palabra con otros aficionados. Cada gallo mira ya a sus probables rivales con el ojo bien redondo y la pupila de brasa líquida. Husmean la sangre, presienten la pelea y la muerte. Ningún teólogo que se asomara a una rueda de gallos podría ya negarles que posean un alma, y que esta alma alerta y combativa absorbe en estos momentos toda la energía y toda la destreza de que es capaz su cuerpecito esbelto y acerado de músculos y estacas, para lanzarlo como un resorte del más fino metal contra su adversario.

Es una riña de gallos a la peruana; vale decir que es más corta y mortífera que la pelea a la chilena, por cuanto la estaca está reforzada con un puñal afilado como una aguja, de unos cuatro centímetros de largo. El gallo, bien amaestrado, lleva una sola arma, emplea

un solo golpe, de arriba abajo, y suele matar a su rival a la primera puñalada. La lucha es, pues, menos cruel y repugnante que la pelea «al natural», en que los gallos se destrozan la cabeza y suelen arrancarse los ojos, sin acertarse un golpe mortal. Toda la vida de los tiempos coloniales, la necesidad de emociones fuertes para espantar el aburrimiento, revélase a lo vivo en estas supervivencias de la rueda clandestina.

Puesta así al margen de la vida moderna, Pica vive mucho de sí misma, siente que se basta a sí misma. Ensimismada y todo, no podría negar que depende de la prosperidad de la Pampa y los puertos salitreros para su existencia. La ausencia de juventud masculina le da un cariz conventual a estas viviendas en que vegetan muchachas ya condenadas a la soltería, pues los jóvenes que salen a realizar sus ambiciones en las oficinas del comercio y la industria del litoral chileno, rara vez vuelven a escoger su compañera de toda la vida entre las compañeras de juego de su niñez. Sin teatro ni cine, Pica no tiene otra ventanita abierta sobre el horizonte mundano, que la retreta de su banda de músicos y las festividades cívico-religiosas del 28 de julio y el 30 de noviembre.

Y en este aislamiento, en este remanso de la historia júzguese la sorpresa de mi acompañante cuando, en una visita hecha anteriormente en compañía de otro inglés, van descubriendo donde menos lo pensaban que la mayoría de los chiquillos acomodados de Pica hablaban su lengua tan bien como ellos.

—¡Look at that boy! He doesn't seem to mind the hot sands at all, había dicho uno de los gringos visitantes. Y por poco se les salen los ojos de la cara, al ver que el muchacho descalzo les responde con un tonillo picado y cierto acento de Oxford:

—Why should I? The soles of my feet have grown accustomed to the heat.

Y por el mismo chicuelo y en el mismo idioma descubrieron en seguida la explicación del prodigio. Era el caso que unos cinco años antes, un caballero inglés llegó a Pica en busca de salud o de un retiro apacible contra quebrantos morales. Sus recursos no duraron largo tiempo, y cuando se vió en apuros, acudió en busca de consejo y ayuda a un vecino emigrado de Aconcagua, hombre de cierta ilustración y de alma comprensiva.

—¿Por qué no abre un colegio particular y enseña en su idioma a un grupo de muchachos?—fué la indicación que recibió el bueno de Mr. Robertson.

Así fué como una generación de piqueños deletreó las primeras letras con el acento de *Oliver Twist*. Tal conciencia y tal amor debió poner en su enseñanza el pobre emigrado, que hasta hoy en día aquellos muchachos, ya maduros padres de familia, siguen hablando la lengua extranjera y recordando con veneración conmovida a su antiguo *schoolmaster*.

La tarde que me contaron la anécdota, la víspera de mi partida, yo pensaba mirando el pueblo y el are-

nal que lo estrecha por sus cuatro costados, que podría llamarse afortunado el hombre que deja una huella semejante en el pequeño mundo en que se mueve cada uno de nosotros. En Pica o en Londres, la naturaleza pasa a ser lo secundario cuando uno piensa en las aspiraciones humanas. En las escuelas se nos enseña que un oasis es un retazo del Sahara con palmeras, agua que corre por entre la hierba y tiendas nómades y recuas de camellos. Aquí en la frontera social de Chile hay, sin embargo, un oasis que no tiene nada de eso, porque se trata de un pueblo asentado entre los arenales desde antes de la fundación de todas las ciudades del continente, y sin embargo, las preocupaciones, las luchas y los intereses de estas gentes despiertan nuestro interés y nuestras simpatías, por encima de las barreras de clima e historia.